

—Yo ser contento—respondió Peyrade, que hizo su entrada dándole un golpe en el hombro á la camarera.

E hizo un gesto de inteligencia á Carlos, que respondió con otro gesto de asentimiento comprendiendo que el nabab debía guardar su papel. Pero la escena cambió súbitamente por la entrada de un personaje contra quien ni Carlos ni el prefecto podían nada. Corentín se mostró de pronto. Había encontrado la puerta abierta y venía á ver cómo representaba el papel de nabab su viejo Peyrade.

—El prefecto me atolondra siempre—dijo Peyrade al oído á Corentín;—me ha descubierto de nabab.

—Haremos caer al prefecto—dijo Corentín al oído á su amigo.

Después, saludando fríamente, se puso á examinar socarronamente al magistrado.

—Quédese aquí hasta que vuelva; voy á la prefectura—dijo Carlos.—Si no me ve usted, puede satisfacer su capricho.

Después de haber dicho aquellas palabras al oído á Peyrade, á fin de no descubrir el personaje á los ojos de la camarera, Carlos salió sin preocuparse de que le mirase el recién llegado, en el cual reconoció una de esas naturalezas rubias, de ojos azules y terriblemente fríos.

—Es el oficial de paz que me ha enviado el prefecto—dijo Peyrade á Corentín.

—¡Ese!—respondió Corentín—te has dejado engañar.—Ese hombre lleva tres juegos de naipes en sus zapatos, eso se ve en la posición del pie en el zapato, y un oficial de paz no necesita disfrazarse.

Corentín bajó con rapidez para aclarar sus sospechas; Carlos subía al coche.

—¡Eh! ¡señor abad!...—exclamó Corentín.

Carlos volvió la cabeza, vió á Corentín y subió al coche; pero Corentín tuvo tiempo de decirle á la portezuela:

—¡Eso es todo lo que quería saber!

—¡Al muelle Malaquais!—gritó Corentín al cochero poniendo infernales burlas en su acento y en su mirada.

—Vamos—se dijo Jacobo Collín,—estoy perdido, me han conocido; es preciso ganarles por la mano, y sobre todo saber lo que nos quieren.

Corentín había visto cinco ó seis veces á Carlos Herrera, y la mirada de este hombre no podía olvidarse. Corentín

había reconocido primero la anchura de sus espaldas, después la hinchazón de sus mejillas y la trampa de las tres pulgadas obtenidas por un talón interior.

—¡Ah! viejo mío, ¡te ha engañado!—dijo Corentín al ver que sólo estaban en la habitación Peyrade y Contensón.

—¿Quién?—exclamó Peyrade, cuyo acento tuvo una vibración metálica.—Emplearé mis últimos días en ponerle en una parrilla y darle vueltas.

—Es el abad Carlos Herrera, probablemente el Corentín de Madrid. Todo se explica. El español es un libertino que ha querido hacer la fortuna de ese jovencuelo acuñando moneda con la explotación de una muchacha bonita... Tú debes saber si quieres luchar con un abad que me parece terriblemente astuto.

—¡Oh!—exclamó Contensón—recibió los trescientos mil francos el día del arresto de Ester, estaba en el coche, me acuerdo de esos ojos, de esa frente, de aquellos señales de viruela.

—¡Ah! ¡qué dote hubiese tenido mi pobre Lidia!—exclamó Peyrade.

—Puedes quedarte de nabab—dijo Corentín.—Para tener un ojo en casa de Ester, es necesario liarla con la Val-Noble, Ester era la verdadera querida de Luciano de Rubempré.

—Le han sacado ya al Nucingen cerca de quinientos mil francos—dijo Contensón.

—Necesitan aun otro tanto—repuso Corentín.—La tierra de Rubempré cuesta un millón. Papá—le dijo á Peyrade dándole un golpe en un hombro,—podías tener más de cien mil francos para casar á Lidia.

—No digas eso, Corentín. Si tu plan nos fallase, no sé de lo que sería capaz...

—¡Tal vez los tengas mañana! El abad, querido mío, es muy astuto, debemos humillarnos, es un diablo superior; pero le tengo en mi poder, es inteligente, y capitulará. Procura ser tan estúpido como un nabab, y no temas nada.

La noche de aquel día en que los verdaderos adversarios se habían encontrado frente á frente y en un terreno llano, Luciano fué á pasar la velada al palacio Grandlieu. La concurrencia era allí numerosa. A la faz de todo el mundo, la duquesa retuvo á su lado durante algún tiempo á Luciano, mostrándose cariñosísima con él.

—¿Ha ido usted á hacer un viajecito?—le dijo.

—Sí, señora duquesa. Mi hermana, deseando facilitar mi matrimonio, ha hecho grandes sacrificios, y he podido adquirir la tierra de Rubempré, recomponerla por entero. Como he encontrado en mi procurador de París un hombre hábil, ha sabido evitarme las pretensiones que los poseedores de bienes hubiesen tenido al saber el nombre del comprador.

—¿Hay un castillo?—dijo Clotilde sonriendo demasiado.

—Hay algo que se parece á un castillo; pero lo más prudente será servirse de ello como materiales para construir una casa moderna.

Los ojos de Clotilde despedían llamas de felicidad al través de sus sonrisas de contento.

—Hará usted esta noche un *rubber* con mi padre—le dijo ella muy bajo.—Dentro de quince días espero que será usted invitado á comer.

—¿Y bien? mi querido señor—le dijo el duque de Grandlieu,—¿dicen que ha comprado usted la tierra de Rubempré? le felicito á usted por ello. Eso es una respuesta para los que decían que tenía usted deudas. Nosotros, como la Francia y la Inglaterra, no podemos tener deudas públicas; pero, mire usted, las personas sin fortuna, los comerciantes, no pueden darse ese tono...

—¡Eh! señor duque, aun debo quinientos mil francos de mi tierra.

—Pues bien, es preciso casarse con una joven que se lo lleve; pero difícilmente encontrará un partido de esa fortuna en nuestro arrabal, donde se da poco dote á las jóvenes.

—Pero ellas tienen bastante con su nombre—respondió Luciano.

—No somos más que tres jugadores para el whist, Mautfrigneuse, de Espard y yo, y nos falta el cuarto—dijo el duque.—¿Quiere usted serlo?—añadió mostrando á Luciano la mesa de juego.

Clotilde fué á la mesa de juego para ver jugar á su padre.

—Quiere que tome esto por mi cuenta—dijo el duque estrechando las manos de su hija y mirando de reojo á Luciano, que permaneció serio.

Luciano, el compañero del marqués de Espard, perdió veinte lises.

—Querida madre—fué á decirle Clotilde á la duquesa,—ha tenido la galantería de perder.

A las once, después de unas palabras amorosas cambiadas con la señorita de Grandlieu, Luciano se fué y se metió en la cama pensando en el triunfo completo que debía obtener al cabo de un mes, pues no dudaba que sería aceptado como pretendiente de Clotilde, y casado antes de la cuaresma de 1830. Al día siguiente, á la hora en que Luciano fumaba algunos cigarrillos después de almorzar, en compañía de Carlos, que estaba muy preocupado, les anunciaron al señor de Saint-Estève (¡qué epigrama!) que deseaba hablar ya al abad Carlos Herrera, ya al señor Luciano de Rubempré.

—¿Han dicho abajo que yo he partido?—exclamó el abad.

—Sí, señor—respondió el *groom*.

—Bueno, recibe á ese hombre—le dijo á Luciano;—pero no digas ni una palabra comprometedor, no dejes escapar ningún gesto de asombro; es el enemigo.

—Ya me oirás—dijo Luciano.

Carlos se ocultó en la pieza contigua, y por la rendija de la puerta vió entrar á Corentín, á quien sólo conoció por la voz, á tan alto grado llegaba aquel gran hombre en el don de la transformación. En aquel momento, Corentín se parecía á un antiguo jefe de división del Tesoro público.

—No tengo el honor de que usted me conozca, caballero—le dijo Corentín;—pero...

—Dispéñeme que le interrumpa, caballero—le dijo Luciano;—pero...

—Pero, se trata de su matrimonio con la señorita Clotilde de Grandlieu, que no se efectuará—dijo entonces vivamente Corentín. (Luciano se sentó y no respondió nada.)—Está usted entre las manos de un hombre que tiene el poder, la voluntad y la facilidad de probar al duque de Grandlieu que la tierra de Rubempré será pagada con el precio que un estúpido le ha dado á usted por su querida, la señorita Ester. Se encontrarán fácilmente las minutas de los juicios en virtud de los cuales la señorita Ester ha sido perseguida, y se tienen medios para hacer hablar á Estourny. Las maniobras extremadamente hábiles empleadas contra el barón de Nucingen serán sacadas á luz... En este momento puede arreglarse todo. Dé usted una suma de cien mil francos y tendrá usted paz... Esto no me concierne. Soy el encargado de negocios de los que se entregan á este *chantage*: esto es todo.

Corentín hubiese podido hablar una hora; Luciano fumaba un cigarrillo con aire perfectamente indiferente.

—Señor—le respondió,—no quiero saber quién es usted, pues las personas que se encargan de comisiones semejantes no se llaman de ninguna manera, para mí, al menos. Le he dejado hablar tranquilamente: estoy en mi casa. No me parece usted desprovisto de sentido; así es que escuche mi dilema.—Hubo una pausa, durante la cual Luciano opuso una mirada de hielo á los ojos de gato que Corentin le dirigía.—O se apoya usted en hechos completamente falsos, y en este caso no debo preocuparme de ellos, ó tiene usted razón, y entonces, al darle cien mil francos, le dejo el derecho de pedirme tantos cientos de miles de francos como Saint-Estevés pueda enviarme su mandatario de usted... Finalmente, para terminar de una vez su estimable negociación, sepa que yo, Luciano de Rubempré, no temo á nadie, atendido que no tengo nada que ver con los embrollos de que me habla usted; que si la casa Grandlieu pone dificultades, hay otras jóvenes muy nobles por casar, y que, además, no es ninguna afrenta para mí permanecer soltero, sobre todo ejerciendo, como usted cree, la trata de blancas con semejantes beneficios.

—Si el señor abad Carlos Herrera...

—Caballero—dijo Luciano interrumpiendo á Corentin,—el abad Carlos Herrera se encuentra en este momento camino de España y no tiene nada que ver con mi matrimonio ni con mis intereses. Ese hombre de Estado se ha dignado ayudarme con sus consejos durante algún tiempo; pero tiene que rendir cuentas á Su Majestad el rey de España; si tiene usted que hablar con él, le aconsejo tome el camino de Madrid.

—Señor—dijo categóricamente Corentin,—no será usted nunca el marido de la señorita Clotilde de Grandlieu.

—Peor para ella—respondió Luciano empujando con impaciencia á Corentin hacia la puerta.

—¿Ha reflexionado usted bien?—dijo fríamente Corentin.

—Caballero, no le reconozco ni el derecho de inmiscuirse en mis asuntos, ni el de hacerme perder un cigarrillo—dijo Luciano tirando su cigarrillo apagado.

—Adiós, señor—dijo Corentin.—No nos veremos más... pero habrá un momento de su vida en que daría usted la mitad de su fortuna por haber tenido la idea de llamarme en la escalera.

En respuesta á aquella amenaza, el abad hizo el gesto de cortar una cabeza.

—Ahora, ¡a la obra!—exclamó mirando á Luciano, que se había vuelto amarillo después de aquella terrible conferencia.

Si en el número bastante escaso de los lectores que se ocupan de la parte moral y filosófica de un libro, se encontrase uno solo capaz de creer en la satisfacción del barón de Nucingen, éste probaría lo difícil que es someter el corazón de una joven á máximas filosóficas cualesquiera. Ester había decidido hacer pagar caro al pobre millonario lo que éste llamaba su «día de triunfo». Por eso, en los primeros días del mes de febrero de 1830, aun no se había inaugurado el «palacito». «Pero, dijo Ester confidencialmente á sus amigas, que se lo repitieron al barón, por carnaval abro mi establecimiento, y quiero hacer á mi hombre feliz como un gallo de yeso». Esta frase se hizo proverbial en el mundo galante. El barón se lamentó profundamente. Como las personas casadas, se ponía bastante en ridículo, empezaba á quejarse delante de sus íntimos, y su descontento transpiraba. Sin embargo, Ester continuaba representando concienzudamente su papel de Pompadour del príncipe de la especulación. Había dado ya dos ó tres veladas sencillas con objeto únicamente de introducir á Luciano en la casa. Lousteau, Tillet, Rastiñac, Bixiou, Nathán, el conde de Brambourg, la flor de los taimados, fueron los concurrentes á la casa. Finalmente, Ester aceptó, como actrices en la pieza que representaba, á Tulia, Florentina, Fanny Beaupré, Florina, dos actrices y dos bailarinas, y además á la señora de Val-Noble. Nada hay más triste que una casa de cortesana sin el sol de la rivalidad, el juego de los vestidos y la diversidad de las fisonomías. En seis semanas, Ester se volvió la mujer más ocurrente, más divertida, más hermosa y más elegante de los parias hembras que componen la clase de las mujeres entretenidas. Colocada en su verdadero pedestal, saboreaba todos los goces de vanidad que seducen á las mujeres ordinarias, pero como mujer á la que un pensamiento secreto ponía por encima de su casta. Guardaba en su corazón una imagen de ella misma, que la hacía enrojecer y vanagloriarse á la vez; la hora de su abdicación estaba siempre presente en su conciencia; por eso vivía como doble, sintiendo piedad por su

personaje. Sus sarcasmos se resentían de la disposición interior en que la mantenía el profundo desprecio que el ángel de amor, contenido en la cortesana, llevaba á aquel papel infame y odioso representado por el cuerpo en presencia del alma. A la vez espectador y actor, juez y acusado, realizaba la admirable ficción de los cuentos árabes, en los que se encuentra casi siempre un ser sublime oculto bajo una envoltura degradada, y cuyo tipo se halla, con el nombre de Nabucodonosor, en el libro de los libros, la Biblia. Después de haberse concedido la vida hasta el día siguiente al de la infidelidad, la víctima podía divertirse un poco con el verdugo. Por otra parte, las noticias adquiridas por Ester acerca de los medios secretamente vergonzosos á los cuales el barón debía su fortuna colosal, le quitaron todo escrúpulo; se complació en representar el papel de la diosa Até, la Venganza, según la expresión de Carlos. Por eso estaba alternativamente encantadora y detestable, para aquel millonario que no vivía más que para ella. Cuando el barón llegaba á un grado de sufrimiento en el cual deseaba dejar á Ester, ésta le atraía hacia sí con una escena de ternura.

Herrera, que había partido ostensiblemente para España, había ido hasta Tours. Había continuado el camino en su coche hasta Burdeos, dejando dentro de él un criado encargado de representar el papel de amo, y de esperarle en un hotel de Burdeos. Después, vuelto en la diligencia disfrazado de viajante, se había instalado secretamente en casa de Ester, desde donde, por Asia, por Europa y por Paccard, dirigía con cuidado sus maquinaciones, vigilándolo todo, y particularmente á Peyrade.

Quince días antes del día escogido para dar su fiesta, y que debía ser el día siguiente al primer baile de la Opera, la cortesana, á quien sus frases empezaban á hacer temible, se encontraba en los Italianos, en el fondo del palco que el barón, obligado á darle un palco, había obtenido para ella en la platea, á fin de ocultar á su querida y no mostrarse en público con ella á algunos pasos de la señora de Nucingen. Ester había encargado el palco de manera que pudiese contemplar el de la señora de Serizy, á la que Luciano acompañaba casi siempre. La pobre cortesana cifraba su felicidad en ver á Luciano los martes, los jueves y los sábados, al lado de la señora de Serizy. Ester vió entonces,

á eso de las nueve y media, entrar á Luciano, pálido, preocupado y el rostro casi desencajado. Estos signos de desolación interior sólo eran visibles para Ester. El conocimiento del rostro de un hombre, es en la mujer que le ama, como el de la pleamar para un marino.

—¡Dios mío! ¿qué puede tener? ¿qué ha sucedido? ¿Tendrá necesidad de hablar á ese ángel infernal, que es un ángel guardián para él, y que vive oculto en una buhardilla, entre la de Europa y la de Asia?

Preocupada con pensamientos tan crueles, Ester apenas escuchaba la música. Así pues, fácilmente se puede concebir que no escuchara al barón, que tenía entre sus manos una mano de su ángel, hablándole en su jerga de judío polaco, cuyas singulares desinencias no deben causar menos mal á los que las leen que á los que las escuchan.

—*Esteg*—dijo soltándole la mano y rechazándola con un ligero movimiento de mal humor,—no me escucha usted.

—Mire, barón, usted chapurrea el amor como el francés.

—*¡Tagtufol!*

—No estoy aquí como en mi gabinete tocador, estoy en los Italianos. Si usted no fuese una de las cajas construidas por Huret ó por Fichet, que se ha metermofaseado en hombre por un esfuerzo de la naturaleza, no haría tanto ruido en el palco de una joven que ama la música. ¡Ya lo creo que no le escucho! Está usted dando saltos en mi vestido como un saltón en el papel, y me hace usted reír de lástima. Me dice usted: «Es usted muy bonita, adorable...» ¡Viejo estúpido! Si yo le respondiese: «Hoy me desagrada usted menos que ayer, vámonos á casa». Pues bien, por la manera como suspira usted hoy (pues si no le escucho, le siento), veo que ha comido atrocemente, y que su digestión empieza. Aprenda de mí (le cuesta bastante cara para que le dé de cuando en cuando un consejo por su dinero), sepa, querido mío, que cuando se tienen digestiones difíciles como son las suyas, no le está permitido decir indiferentemente, á horas indebidas, á su querida: «Está usted muy bonita». Un viejo soldado murió por esa fatuidad en los brazos de la Religión, ha dicho Blondet... Son las diez, ha acabado usted de cenar á las nueve en casa de Tillet con su pichón el conde de Brambourg; tiene usted millones y trufas que digerir, ¡vuelva mañana á las diez!

—¡Qué cruel es usted!—exclamó el barón, que reconoció la profunda justicia de aquel argumento medico.

—¿Cruel?—dijo Ester mirando siempre á Luciano.—¿No ha consultado usted á Bianchón, á Desplein, al viejo Audry?... Desde que entrevé usted la aurora de su felicidad, ¿sabe de qué me hace el efecto?

—¿De qué?

—De un hombrecito de franela que, de hora en hora, se pasea de su sofá á la ventana para ver si el termómetro está en el artículo *gusano de seda*, la temperatura que su médico le ordena...

—*Migue*, es usted ingrata—exclamó el barón desesperado de oír una música que los ancianos enamorados oyen con bastante frecuencia en los Italianos.

—¡Ingrata!—dijo Ester.—¿Y qué me ha dado usted hasta ahora? Muchos disgustos. Vamos á ver, papá, ¿puedo estar orgullosa de usted? En cambio usted está muy orgulloso de mí; yo llevo muy bien sus galones y su librea. ¡Ha pagado usted mis deudas!... bueno. Pero usted ha *escamoteado* bastantes millones... (¡ah! ¡ah! no haga usted muecas, usted lo ha convenido conmigo) para no mirar por ellos. Y ese es su más hermoso título de gloria. Entretenida y ladrón, no armoniza mejor. Ha construido usted una jaula magnífica para un loro que le gusta. Vaya á preguntar á un papagayo del Brasil si debe agradecimiento al que le ha puesto en una jaula dorada... No me mire usted de ese modo, parece usted un bonzo. Enseña usted su papagayo rojo y blanco á todo París, y dice: «¡Hay alguien en París que posee un loro semejante?... ¡Y cómo charla, y qué bien repite las palabras!...» Tillet entra y dice: «Buenos días, granujilla...» Pero usted es feliz como un holandés que posee una tulipa única, como un antiguo nabab, pensionado en Asia por Inglaterra, al que un viajante ha vendido la primera tabaquera suiza que ha sido abierta tres veces. ¿Quiere usted mi corazón? Pues bien, voy á decirle los medios para conquistarlo.

—¡Diga, diga!... lo *hagué* todo *pog* usted... Me gusta *vegme* *gueñido* por usted.

—Sea usted joven, sea usted hermoso, sea como Luciano de Rubempré, que está con la mujer de usted, y obtendrá *gratis* lo que no podrá comprar nunca con todos sus millones.

—¡Me voy, pues está usted execrable esta noche!—dijo el anciano, cuyo rostro se estiró.

—Adiós, buenas noches—respondió Ester.—Recomiende usted á *Jogge* que ponga la almohada de la cama de usted muy alta, y los pies muy inclinados, pues esta noche tiene usted síntomas de apoplejía. Querido mío, no dirá usted que no me intereso por el estado de su salud.

El barón estaba de pie y tenía cogido el pomo de la puerta.

—¡Aquí, Nucingen!...—dijo Ester llamándole con orgulloso ademán.

El barón se precipitó hacia ella, rápido y dócil como un perro.

—¿Quiere usted verme gentil, y que le dé esta noche en mi casa vasos con agua azucarada, acariciándole, monstruo mío?

—Me destroza usted el *cogazón*.

—Eso se dice con una sola palabra:—repuso ella burlándose de la pronunciación del barón.—Vamos, tráigame á Luciano, á quien invito á nuestro festín de Baltasar, y que esté yo segura de que no faltará. Si sale usted airoso en esa pequeña negociación, te diré tan bien que te amo, mi gran Federico, que lo crearás...

—Es usted una maga—dijo el barón besando el guante de Ester.—*Consentigula* en *oig* una *seguie* de *injuguias*, si al final hubiese una *caguicia*...

—Vamos, si no soy obedecida...—dijo amenazando al barón con el dedo como se hace á los niños.

El barón levantó la cabeza como pájaro cogido en una trampa y que implora al cazador.

—¡Dios mío! ¿qué tiene Luciano?—se dijo cuando estuvo sola, sin retener ya sus lágrimas, — ¡nunca le he visto tan triste!

He aquí lo que le había sucedido á Luciano aquella misma noche. A las nueve, Luciano había salido en su cupé, como todos los días, para ir al palacio de Grandlieu. Reservando su caballo de silla y el cabriolé para las mañanas, como hacen todos los jóvenes, había tomado un cupé para las noches de invierno, y había escogido en casa del primer alquilador de carruajes uno de los más magníficos con soberbios caballos. Todo le sonreía hacía un mes: había comido tres veces en el palacio de Grandlieu; el duque estaba encantador con él; sus acciones en la empresa de los *Omnibus*, vendidas por trescientos mil francos, le habían permiti-

tido pagar una tercera parte de su tierra; Clotilde de Grandlieu, que se hacía unos tocados deliciosos, tenía diez potes de afeite en la cara cuando él entraba en el salón, y confesaba su pasión, por otra parte, en voz alta. Varias personas que ocupaban una posición elevada hablaban como de una cosa probable del matrimonio de Luciano con la señorita de Grandlieu. El duque de Chaulieu, el antiguo embajador en España y ministro de Estado durante un momento, había prometido á la duquesa de Grandlieu pedir al rey el título de marqués para Luciano. Después de haber comido en casa de la señora de Serizy, Luciano había ido, pues, aquella noche, de la calle de la Chaussee-d'Antin al arrabal Saint-Germain, á hacer su visita diaria. Llega, su cochero llama á la puerta, ésta se abre, y Luciano se detiene en la escalinata. Al bajar del coche, Luciano vió cuatro carruajes. Al ver al señor de Rubempré, uno de los lacayos, que abría y cerraba la puerta del peristilo, se adelanta, sale á la escalinata y se pone delante de la puerta, como un soldado que recobra su facción.

—¡Su Señoría no está!—dijo.

—La señora duquesa recibe—hizo observar Luciano al criado.

—La señora duquesa ha salido—respondió gravemente el lacayo.

—La señorita Clotilde...

—No creo que la señorita reciba al señor en ausencia de la señora duquesa.

—Pero hay gente—repuso Luciano anonadado.

—No lo sé—respondió el lacayo intentando ser á la vez estúpido y respetuoso.

No hay nada más terrible que la etiqueta para los que la admiten como la ley más formidable de la sociedad. Luciano adivinó fácilmente el sentido de aquella escena atroz para él: el duque y la duquesa no querían recibirle. Sintió su tuétano espinal helarse en los anillos de su columna vertebral, y un ligero sudor frío hizo salir algunas perlas de su frente. Aquel coloquio tenía lugar delante de su ayuda de cámara, que había cogido el pomo de la portezuela y que dudaba cerrarla; Luciano le hizo seña de que iba á marcharse; pero, al subir, oyó el ruido que hacen las personas al bajar una escalera, y un criado fué á gritar sucesivamente: «Los criados del señor duque de Chaulieu! ¡Los

criados de la señora vizcondesa de Grandlieu!» Luciano sólo dijo una palabra á su criado: «¡A prisa á los Italianos!» A pesar de su presteza, el infortunado *dandy* no pudo evitar al duque de Chaulieu y á su hijo el duque de Rhetoré, con los cuales se vió obligado á cambiar saludos, y que no le dijeron ni una palabra. Una gran catástrofe en la corte, la caída de un favorito temible es consumada con mucha frecuencia en el umbral de un gabinete por la palabra de un lacayo de rostro de yeso.

—¿Cómo hacer conocer este desastre á mi consejero?—se decía Luciano.—¿Qué sucederá?

Y se perdía en mil conjeturas.

He aquí lo que acababa de suceder. La misma mañana, á las once, el duque de Grandlieu dijo á Clotilde, entrando en el saloncito donde almorzaban en familia, y después de haberla abrazado:

—Hija mía, hasta nueva orden, no te ocupes más del señor de Rubempré.

Después cogió á la duquesa por la mano y la condujo al alféizar de una ventana, donde le dijo en voz baja unas palabras que hicieron cambiar de color á Clotilde, pues su madre, á la que observaba escuchando al duque, dejó asombrada á su cara una viva sorpresa.

—Juan—dijo el duque á uno de sus criados,—tenga, lleve estas cuatro líneas al señor duque de Chaulieu y ruéguele que le conteste con un sí ó con un no. Le invito á que venga á comer hoy con nosotros — le dijo á su mujer.

El almuerzo fué muy triste: la duquesa pareció pensativa, el duque pareció enfadado consigo mismo, y á Clotilde le costó mucho retener las lágrimas.

—Hija mía, tu padre tiene razón, obedécele—le dijo con voz conmovida.—Yo no puedo decirte como él: «No pienses más en Luciano». No, comprendo tu dolor.—Clotilde besó la mano á su madre.—Pero si te diré, ángel mío: «Espera, sin dar ningún paso, sufre en silencio, puesto que le amas, y confía en el cariño de tus padres». Las grandes damas, hija mía, son grandes porque saben siempre cumplir con su deber en todas las ocasiones y con nobleza.

—¿De qué se trata?...—preguntó Clotilde pálida como un lirio.

—De cosas demasiado graves para que puedan hablarte

de ellas, corazón mío—respondió la duquesa;—pues si son falsas, tu pensamiento sería manchado inútilmente, y si son verdad, debes ignorarlas.

A las seis, el duque de Chaulieu fué á encontrar en su despacho al duque de Grandlieu, que le esperaba.

—Di, pues, Enrique... (Estos dos duques se tuteaban y se llamaban por sus nombres. Es uno de los matices inventados para señalar los grados de intimidad, rechazar las invasiones de la familiaridad francesa y humillar el amor propio.) Dime, pues; Enrique, me encuentro en un apuro tan grande, que no puedo tomar consejo más que de un viejo amigo que conoce bien los asuntos, y tú los conoces todos. Como ya sabes, mi hija Clotilde ama de tal modo á ese pequeño Rubempré, que casi me han obligado á prometérselo por marido. Yo siempre he sido contrario á ese matrimonio; pero, en fin, la señora de Grandlieu no ha sabido defenderse del amor de Clotilde. Cuando ese muchacho compró su tierra y pagó las dos terceras partes, ya no puse objeciones. Pero he aquí que ayer por la noche recibí una carta anónima (ya sabes el caso que hace uno de ellas), en la que me afirman que la fortuna de ese muchacho proviene de una fuente impura, y que nos engaña al decirnos que su hermana le da los fondos necesarios para esas adquisiciones. Me intiman, en nombre de la felicidad de mi hija y de la consideración de nuestra familia, á que tome informes, indicándome al mismo tiempo los medios para averiguar la verdad. Toma, lee primero.

—Participo de tu opinión acerca de las cartas anónimas, mi querido Fernando—dijo el duque de Chaulieu después de haber leído la carta;—pero despreciándolas y todo, debe uno servirse de ellas. Sucede con esas cartas lo mismo que con los espías. Cierra tu puerta á ese muchacho, y veamos de informarnos... Mira, ya tengo tu asunto arreglado. Tú tienes por procurador á Derville, un hombre en quien todos confiamos; posee secretos de muchas familias, y puede también conocer éste. Es un hombre honrado, de peso, de honor; es listo, astuto; pero como sólo es listo para los negocios, no debes emplearlo más que para obtener un testimonio en el que tú puedas tener fe. Nosotros tenemos en el Ministerio de Estado, por la policía del reino, un hombre único para descubrir los secretos de Estado; le enviamos con frecuencia en comisión. Avisa á Derville que tendrá un

teniente para este asunto. Nuestro espía en un señor que se presentará condecorado con la cruz de la Legión de honor, tendrá el aspecto de un diplomático. Ese pillo será el cazador, y Derville asistirá simplemente á la caza. Tu procurador te dirá si es más el ruido que las nueces, ó si debes romper con ese pequeño Rubempré. Dentro de ocho días sabrás á qué atenerte.

—Ese joven no es aun bastante marqués para formalizarse por no encontrarme en mi casa durante ocho días—dijo el duque de Grandlieu.

—Sobre todo si le das tu hija—dijo el antiguo ministro.—Si la carta anónima tiene razón, ¿qué te importa esto? Harás viajar á Clotilde con mi nuera Magdalena, que quiere ir á Italia.

—¡Me sacas del apuro!—exclamó el duque de Grandlieu—no sé aun si darte las gracias.

—Esperemos el acontecimiento.

—¡Ah!—dijo el duque de Grandlieu—¿cómo se llama ese señor? es preciso decírselo á Derville... Envíamelo mañana, á eso de las cuatro; estará conmigo Derville y los pondré en relación...

—El nombre verdadero—dijo el antiguo ministro—creo que es Corentín... (un nombre que no debes haber oído); pero ese señor vendrá escudado en su nombre ministerial. Se hace llamar San no sé cuántos... ¡Ah! ¡Saint-Yves! ó Saint-Valero, uno de estos dos...

Después de esta conferencia, el mayordomo recibió la orden de cerrar la puerta al señor de Rubempré, lo cual acababa de hacer.

Luciano se paseaba por el ambigú de los Italianos como un borracho. Se veía siendo la comidilla de todo París. Tenía en el duque de Rhetoré uno de esos enemigos encarnizados y á los cuales es preciso sonreír sin poder vengarse, pues sus ataques están conformes con las leyes del mundo. El duque de Rhetoré conocía la escena que acababa de tener lugar en la escalinata del palacio de Grandlieu. Luciano, que comprendía la necesidad de instruir de aquel desastre súbito á su consejero privado íntimo actual, temía comprometerse yendo á casa de Ester, donde tal vez encontraría gente. Olvidaba que Ester estaba allí, tan confusas eran sus ideas; y en medio de tantas perplejidades, necesitó hablar con Rastignac, el cual, no sabiendo aún la nueva, le

felicitaba por su próximo enlace. En aquel momento, Nucingen se presentó sonriente á Luciano, y le dijo:

—¡*Quiegue usted hacegme el favog de venig á veg á la señoga de Champy, que quiegue invitagle pegsonalmente á la comida de inauguración de nuestra casa?*

—Con mucho gusto, barón—respondió Luciano, á quien el financiero se le apareció como un ángel salvador.

—Déjenos usted—dijo Ester al señor de Nucingen cuando le vió entrar con Luciano;—vaya á ver á la señora de Val-Noble, á la que veo en un palco del tercer piso con un nabab... Salen muchos nababs de las Indias—añadió mirando á Luciano con aire de inteligencia.

—Y ese—dijo Luciano sonriendo—se parece mucho á de usted.

—Y—dijo Ester respondiendo á Luciano con otra señal de inteligencia, al mismo tiempo que continuaba hablándole al barón,—traígamela con el nabab, que tiene muchas ganas de conocerle á usted; dicen que es poderosamente rico... La pobre mujer me ha contado yo no sé cuántas lástimas; se queja de que ese nabab no le resulta; y si la desembarazase usted de su *lastre*, tal vez iría más ágil.

—¿Nos toma usted *pog* ladrones?—dijo el barón.

—¿Qué tienes, Luciano mío?—le dijo al oído rozándosele con los labios, cuando la puerta del palco estuvo cerrada.

—¡Estoy perdido! Acaban de negarme la entrada en el palacio de Grandlieu, con el pretexto de que no había nadie; el duque y la duquesa estaban dentro, y había cinco carruajes en el patio...

—¿Cómo! ¿se deshará el matrimonio?—dijo Ester con voz conmovida, pues entreveía el paraíso.

—Aun no sé lo que se trata contra mí.

—Luciano mío—le contestó ella con voz adorablemente mimosa—¿por qué te apenas? más tarde harás un matrimonio mucho mejor... Te ganaré dos tierras...

—Da una cena esta noche, á fin de que pueda hablar secretamente con Carlos, y sobre todo invita al falso inglés y á la Val-Noble. Ese nabab ha causado mi ruina, es nuestro enemigo, le tendremos en nuestro poder, y...

Pero Luciano se detuvo haciendo un gesto desesperado.

—¿Qué tienes?—le preguntó la pobre joven, que se sentía como sobre ascuas.

—¡Oh! ¡la señora de Serizy me vel!—exclamó Luciano—

y para colmo de desdichas, está con ella el duque de Rhetoré, uno de los testigos de mi chasco.

En efecto, en aquel preciso momento, el duque de Rhetoré se divertía con el dolor de la condesa.

—¿Deja usted á Luciano mostrarse en el palco de la señorita Ester?—decía el joven duque señalándole el palco y á Luciano.—Usted que se interesa por él, debería decirle que eso no se hace. Puede uno cenar con ella y hasta... pero, verdaderamente, ya no me asombra el enfriamiento de los Grandlieu con ese muchacho; acabo de ver cómo le negaban la entrada en la puerta...

—Esas jóvenes son muy peligrosas—dijo la señora de Serizy, que tenía los gemelos fijos en el palco de Ester.

—Sí—dijo el duque,—tanto por lo que quieren como por lo que pueden...

—¡Le arruinarán!—dijo la señora de Serizy—pues, según me han dicho, son tan costosas cuando no les pagan como cuando les pagan.

—¡Para él no!...—respondió el joven duque haciéndose el asombrado.—Lejos de costarle dinero, se lo darían si lo necesitara; todas van detrás de él.

La condesa tuvo en los labios un pequeño movimiento nervioso que no podía ser comprendido en la categoría de sus sonrisas.

—Bueno—dijo Ester,—ven á cenar á las doce. Trae á Blondet y á Rastiñac. Tengamos al menos dos personas divertidas, y no seamos más de nueve.

—Sería preciso encontrar un medio de enviar á buscar á Europa por el barón, so pretexto de avisar á Asia, y le dirías lo que acaba de sucederme, á fin de que Carlos esté instruido antes de tener al nabab en sus barbas.

—Se hará—dijo Ester.

De este modo Peyrade iba á encontrarse probablemente, sin saberlo, debajo del mismo techo que su adversario. El tigre iba al antro del león, y de un león acompañado de sus guardias.

Quando Luciano entró en el palco de la señora de Serizy, ésta, en lugar de volver la cabeza hacia él, de sonreírle y de recogerse el vestido para hacerle sitio á su lado, afectó no fijarse en el que entraba y continuó mirando la sala con los gemelos; pero Luciano vió por el temblor de los gemelos que la condesa era presa de una de esas agitaciones